

LA HUMANIDAD

Mis asesinatos políticos, mis persecuciones a obreros y campesinos, mis 18 años de tiranía, han tenido por fin, su merecida recompensa: el Papa me ha hecho Príncipe Romano.

JUAN V. GOMEZ
Presidente de Venezuela

AUGUSTO B. LEGUIA
Presidente del Perú

ORGANO DE LA CONFEDERACION OBRERA DE COLOMBIA

DIRECTOR, TORRES GIRALDO

Administrador, ENRIQUE RAMIREZ C.

Oficinas: Carrera 9ª No. 186

La palabra de un hombre libre vale más que la de mil esclavos—VICTOR HUGO.

Imprenta de "La Cooperativa"

Teléfono 473

Dirección telegráfica: HUMANIDAD

AÑO II — NUMERO 95

CALI—VALLE—COLOMBIA

Octubre 21 de 1937.

EL JUEGO DE LOS REFORMISTAS

Las primeras sesiones de la Convención Socialista de La Dorada, marcan un desvío que vale la pena de estudiar.

¿Por qué se dejaba imprimir una fisonomía francamente reformista a la Convención? Nos otros comprendimos la competencia y la honradez de los convencionistas, y justamente, para que tan revelantes cualidades sostuvieran su alto nivel, nos ocupamos en reevaluar los principios desorbitados del encauce ideológico, y en hacer de la Convención el llamamar que reflejara el espíritu revolucionario del proletariado de Colombia.

¿Qué corriente magnética llevó su onda a la Convención, y dónde los conductores de aquella vibración?

Una meritoria corporación obrera de Cundinamarca, seducida por los cantos de la sirena reformista, había enviado sus «conceptos» que de cierto modo servían de pauta a los milicianos de la Convención.

En ese mensaje se recomendaba no entrar en controversias de «análisis» tal como lo expresaba el pliego de convocatoria de la Confederación en alguno de sus puntos, porque «no era necesario» en una reunión de «familia». Ese mismo mensaje, inspirado por un desco tímidamente sufraguista,

clamaba por un «programa de reformas inmediatas», a fin de que se colocara al proletariado en «el puesto que le correspondía....»

La ductibilidad de los sofismas reformistas, logró impregnarse ese documento con una esencia embriagante, y fue así como prosperó en las primeras sesiones, gracias a la indiferencia de la Convención, convertida en un plácido remanso, y a la enfustada habilidad del timón que le abría paso al través de las labores.

Todo era armonía «familiar»; nadie discutía, porque «no era necesaria» la controversia de análisis. ¿Para qué se abría un debate, cuando los convencionistas aceptamos una misma ideología doctrinal? Aquello era el reinado de la tranquilidad y muy preferible sacrificar los principios de la Revolución Social a trueque de la dulce armonía convencional. Las cosas no tenían más aspecto que la visión del autor de ellas. ¿Para qué se discutían? Por otra parte, existía la dictadura del tiempo; había convencionalistas que tenían rodachines debajo de las plantas y querían regresar al alero del hogar. No se podía pensar por que se perdía el tiempo.

Nosotros pensamos de otro modo: tomamos las actas y se

ñalamos los puntos por donde la bondad había tapado con algodón los metales del crisol; retrotraíamos la discusión por la huella de mariposa que dejaban las abstracciones espirituales y resgamos las vestiduras de la santa modestia para analizar libremente.

¿Cómo era posible que la Convención no se formara una plena conciencia de sus actos? Para qué, si no se deliberaba fervorosamente nos hallábamos en convención? Acaso tenemos el tipo del hombre genio capaz de reflejar la potencialidad de su luz sobre todas las facetas de los problemas multiformes que afrontó la Convención? Y, ese super-hombre se hizo cargo de inspirar las iniciativas encefálicas de los milicianos de La Dorada? Si los espíritus conspirativos que asistieron a la Convención, pasaban bajo una bóveda de acero que es la responsabilidad histórica del proletariado, no valía la pena de analizar profundamente sus propios designios?

Había pensado la Convención en el «programa de reformas inmediatas»? Sabían acaso los convencionistas que tal «programa» resultaba una mentira sin el parlamentarismo de la clase que lo deseaba,

[Pasa a la página 8]